

REFLEXIONES SOBRE LA ECONOMIA DIRIGIDA

POR EL

Dr. Benjamín Cornejo

1. — Como dice *Charles Bodin*, “en las épocas agitadas, aparecen las palabras talismanes. No se sabe exactamente lo que quieren decir, pero es de buen tono emplearlas y se cree haber hecho algo” (1).

Tal ocurre con la economía dirigida y con nuestra época; época agitada por desastres económicos sin precedentes a los que se suman las convulsiones sociales y el conflicto de tendencias políticas fundamentalmente opuestas, ofrece el clima propicio para alentar la credulidad pública en las virtudes de palabras talismanes que se toman por infalibles panaceas. La “economía dirigida” es la nueva pomada maravillosa que curará el cuerpo económico enfermo de liberalismo.

La crisis última ha hecho estragos en todas las clases sociales; hay superproducción, es decir, hay bienes económicos que no tienen salida, en tanto millones de seres humanos carecen de lo más elemental; el envilecimiento de los precios provoca la ruina de los empresarios de la producción y la falta de poder adquisitivo de las masas las hunde en la miseria. Cómo no explicarnos, pues, el ansia de descubrir la causa de los males y la premura en arbitrar remedios! Si esos males se verifican en el seno del llamado sistema liberal o de la libre concurrencia, pues a suprimir la libertad tocan, y nada más lógico que el sustituto del sistema perimido sea su opuesto: la organización y la dirección de la economía de mo-

(1) CHARLES BODIN, “Economie Dirigée, Economie Scientifique” 2ª edición, Sirey, París, 1933, pág. 14.

do que los empresarios de la producción no produzcan sino en cantidad que mantenga precios remuneradores y que las masas dispongan de poder adquisitivo suficiente para lograr un nivel de vida que se acomode a un principio de justicia. Ya tenemos el mundo económico ordenado y dirigido por la razón, nueva postura del racionalismo, complicidad filosófica que no ha de ser del agrado de muchos fervientes “dirigistas”.

2. — La economía dirigida está de moda y su aparición explicada por circunstancias históricas cuya gravedad sería necio desconocer. Pero falta saber quiénes han cedido a la imposición de esa moda; queda por averiguar si se ha hecho plena luz sobre el origen de aquellas circunstancias y si el hecho de que la economía dirigida aparezca como resultado de causas históricas es suficiente para dar fé de su eficacia.

La economía dirigida ha penetrado primero en el sector de los políticos y de los gobernantes: obligados los unos a formular programas, acuciados, los otros, por la necesidad de responder en alguna forma a los reclamos de los intereses en desgracia.

Las nuevas formas políticas imperantes en ciertos países han promovido la formación de una ciencia económica oficial que procura fundamentar la nueva organización de la economía correspondiente a dichas formas políticas. Tenemos así que la unanimidad de los autores italianos se ha convertido en baluarte de la economía dirigida, complemento indispensable del régimen político.

El gran público, personaje principal del argumento, fácilmente impresionable, se constituye de inmediato en adepto de la economía dirigida. Y es lógico: las virtudes del sistema las proclaman los políticos, los gobernantes, la prensa, las llamadas fuerzas vivas, partidarias sobre todo de la ganancia dirigida. Y los jóvenes estudiosos que hacen sus primeras armas en las cuestiones económicas se sugestionan pronto con las excelencias de un sistema que consideran la última palabra de la ciencia, la escuela nueva que supera las formas anticuadas y las ingenuas teorías de los clásicos.

Pero, y los economistas, los grandes economistas que trabajan

desinteresadamente por las verdades, sin el compromiso de llegar a determinadas verdades oficiales conocidas de antemano, han sido arrastrados por la misma corriente de la moda? No. Los economistas de hoy, como los del siglo pasado, salvo raras excepciones, continúan creyendo en las leyes económicas, en las excelencias del interés personal y en los beneficios incalculables de la libertad; creen que el Estado o quien sea, es incapaz de dirigir la economía, bien que no desconozcan, como nunca lo han desconocido, que el Estado tiene posibilidades y deberes de actuación de gran importancia.

Sirva esta breve referencia para evitar el equívoco común de creer que claman en el desierto las voces que todavía ensalzan el liberalismo económico.

3. — La pretendida novedad del sistema ha sido, por otra parte, desconocida por los economistas. Como lo dice expresivamente entre nosotros el Dr. *Gondra*, “la economía dirigida es lo que antes llamábamos, en buen romance, *intervención del Estado* en las actividades privadas, por motivos de pública conveniencia, cosa trivial, cuyas gracias y desgracias son conocidas por Juan Lanús, desde los tiempos venerables, tiempos de Maricastaña” (2).

Las prácticas del viejo mercantilismo, excelentes las menos, perniciosas las más, son el antecedente auténtico de la economía dirigida de hoy.

Y esta filiación, que los dirigistas —de algún modo hay que llamarles— no tendrán graves reparos en aceptar, se combina con dosis de socialismo, parentesco que rechazan enérgicamente. El socialismo, se dice, suprime la propiedad privada o la modifica substancialmente, en tanto que la economía dirigida la conserva. Sin embargo, yo creo que la economía dirigida toma prestado al socialismo la totalidad de su crítica al sistema capitalista y gran parte de su programa constructivo: la misma, exactamente la misma reclamación contra la anarquía de la producción, contra las crisis inherentes al sistema, contra las injusticias de la libre concu-

(2) LUIS ROQUE GONDRA, “Elementos de Economía Política”, Buenos Aires 1933, pág. 355, nota.

rrencia, contra las desigualdades sociales; la misma esperanza en la acción del Estado o de instituciones intermedias, la misma concepción de una sociedad organizada conforme a moldes fabricados ex-profeso.

Y en cuanto a la propiedad privada, cabe recordar que ella no consiste sino en los poderes atribuidos al titular. Si estoy obligado a vender al Estado al precio que él disponga, si no puedo cultivar en mi campo los productos que mi interés me determine, si mi dinero vale más o menos según la voluntad de los directores monetarios, no puede negarse que la institución de la propiedad privada sufre serios quebrantos, más que en la extensión de sus atributos, en el principio que la informa: no soy propietario sino en la medida o extensión que el Estado lo juzgue conveniente. Y esto es específicamente socialista.

4. — La crítica de los viejos sistemas ha recurrido a un nutrido vocabulario: individualismo atomizante, libre concurrencia sin freno y sin control, exaltación del egoísmo, etc., son lugares comunes en la frondosa literatura económica de los nuevos tiempos. Y esos vicios son los únicos responsables de los trastornos que hoy padece la humanidad.

Es muy fácil averiguar los padecimientos, pero es mucho más difícil establecer acertadamente las causas que los han originado. Por poco que ahondemos el análisis, veremos que la economía dirigida adjudica al liberalismo económico la responsabilidad de consecuencias que obedecen a causas que le son extrañas, cuando no lo adorna con culpas que no son sino las suyas propias.

Está fuera de discusión que la guerra de 1914-1918, ha sido la gran preparadora de las crisis que sobrevinieron, particularmente de la última, a pesar de la distancia. Ese acontecimiento político, ajeno al liberalismo económico, produjo alteraciones en el mapa económico, arruinó ciertas industrias, alentó el progreso de otras, modificó los mercados de consumo, etc., de manera tal que el restablecimiento de la paz no podía sino traer profundos trastornos a la economía del mundo. No es la oportunidad de estudiar la relación existente entre la guerra y la crisis iniciada en 1929, bas-

ta tener presente la existencia de esa relación aceptada unánimemente por todas las investigaciones serias que el fenómeno ha provocado.

Abramos cualquiera de los buenos textos que tratan de la crisis y veremos desfilar los responsables: nacionalismo económico exaltado al paroxismo, barreras infranqueables de aduana, mala repartición del oro, dinero abundante y crédito fácil, déficits fantásticos en las finanzas del Estado, etc. Y que no se diga que todo ello es pecado del liberalismo. El fenómeno de la superproducción no es sino una consecuencia fatal de los planes de gobierno tendientes a formar economías cerradas, del dinero barato suministrado en el afán de crear a toda costa la prosperidad, de la política de gastos financieros sin medida, que son otras tantas manifestaciones de la economía dirigida.

De donde resulta que las pretendidas culpas del liberalismo económico corresponden a hechos que constituyen su propia negación.

La economía liberal no es anárquica, antes al contrario, se cumple en un proceso de adaptación espontánea de la producción al consumo. Como decía *De Leener* en el Congreso de Economistas de Lengua Francesa de 1933, “una ojeada retrospectiva sobre el mundo, tal como era en 1800 y tal como es hoy, permite descubrir la obra inmensa realizada bajo un régimen que fué casi totalmente la consagración más o menos completa de la economía liberal. A los detractores de la libertad hay que preguntarles si los más optimistas de los hombres del siglo XVIII habrían podido prever una organización espontánea de la producción, de los cambios, de la distribución y de los pagos internacionales superior a la que se ha establecido en plena libertad...” (3).

Esa organización espontánea ha sido hace tiempo advertida por la teoría con la observación desinteresada de la realidad; ella puede resumirse en dos palabras: los empresarios de la producción se alejan de las empresas con pérdida y se dirigen a las que

(3) CONGRES DES ECONOMISTES DE LANGUE FRANCAISE, 1933, Domat-Montchrestien, Paris 1933, pág. 35.

proporcionan ganancias. Por intermedio de los precios, pues, se alcanza el punto de equilibrio en que las cantidades ofrecidas coinciden con las cantidades demandadas.

Claro está que ese equilibrio no se logra sin sacrificios, que la libre concurrencia no es perfecta y que surgen entidades monopolistas que anulan sus efectos saludables. Y aquí tampoco se puede decir que la libre concurrencia sea responsable de lo que solo puede imputarse al monopolio que es su negación. Tanto menos puede hacerlo la economía dirigida que no pierde oportunidad de favorecer las tendencias monopolistas. Que no otra cosa que monopolio son las fijaciones de precios mínimos, la prohibición de explotar ciertos ramos de la industria para los nuevos capitales, etc.

Y en todo caso, la economía dirigida no puede vanagloriarse de haber alcanzado los éxitos que niega al liberalismo.

5. — La pretención específica del nuevo sistema es el gobierno de los precios. Para ello, hay tres procedimientos principales: a) fijarlos por ley arbitrando los medios para hacerlos efectivos (precios mínimos de los cereales), b) o limitar coactivamente la producción; c) o por un medio mucho más sutil y más artístico, disimulado diríamos, llevado a cabo por intermedio de los Bancos Centrales.

La breve historia de la economía dirigida es fecunda en tentativas fracasadas llevadas a cabo por esos procedimientos.

En cuanto al dirigismo monetario, sería largo hacer la crónica de sus fracasos.

Con respecto a los dos primeros, la experiencia concluye casi siempre en una superproducción alentada por los precios altos. Así, por ejemplo, limitando la extensión cultivada de un determinado producto, el precio alienta la intensificación de los cultivos, con lo que se anula el efecto logrado, por la existencia de sobrantes sin colocación. Y aquí la economía dirigida incurre en un malthusianismo económico, dicho sea sin agravio para Malthus, y en una aberración insospechada. Si la propia economía dirigida denunció la existencia de la superproducción al mismo tiempo que el hambre de millones de hombres, nuestra ingenuidad nos lleva a creer que

la economía dirigida buscará la forma de hacer llegar el sobrante a los hambrientos. Pero hace todo lo contrario: destruye los sobrantes. Bajo este aspecto, tenemos la gloria de haber aportado a la historia de las contradicciones económicas un caso que será tan famoso como el del café del Brasil echado al mar: el vino de Mendoza derramado en las acequias.

Con cuanta razón dicen los sabios economistas de la Universidad de Harvard, encabezados por Schumpeter: “Si las gentes creyeran solamente cosas tales como que no se puede incrementar el bienestar económico por producir menos de un modo general y otras similares que están, a todo evento, mucho más cerca de la verdad que sus opuestas, se evitarían los errores más peligrosos, y qué lugar más feliz, sabio y rico, ocuparía el mundo moderno! (4).

6. — El pecado capital de la economía dirigida es el de no haber medido previamente la capacidad de sus fuerzas. No se han dado cuenta los dirigistas, que los directores serán hombres, con todas las pasiones y debilidades de sus semejantes, accesibles a las solicitudes de los partidos, de los intereses, y con una razón que resulta despreciable frente a la complejidad y magnitud del mundo económico moderno. “Se comprende, dice *Louis Baudin*, que *Gluckstadt* escriba que el dirigente deberá tener la potencia intelectual de los dioses del Olimpo y que *Rist* exclame: Me pregunto cual es el genio entre los hombres que pueda declarar sin inmutarse: Yo, yo dirijo la economía” (5).

No se juzgue, pues, a la economía dirigida por sus intenciones, juzguémosla por sus posibilidades. En el terreno económico, hay otros casos similares dignos de servir como experiencia: Por ejemplo, el patrón oro. Puede, acaso, negarse que para que yo cambie con Pérez el producto de mi industria por el de la suya es innecesaria la concurrencia de otro bien intermediario? Y si yo

(4) J. A. SCHUMPETER y otros economistas de la Universidad de Harvard, “El Programa Económico de Roosevelt”, trad. de Vigil-Escalera, Madrid, 1933, pág. 4.

(5) LOUIS BAUDIN, “La monnaie, ce que tout le monde devrait savoir...”, Médicis, París, 1938, págs. 179-180.

no necesito el producto de Pérez sino otro, no es acaso suficiente con que reciba un bono que me autorice a obtener lo que deseo, sea hoy, o dentro de un mes? La lógica pura sanciona las excelencias del papel moneda, simple bono de participación en la producción consumible, según la expresión de *Bendixen*. Pero las exigencias de la vida práctica son otras: la referencia al oro, la dependencia del oro, es todavía indispensable, como bien se ha dicho, “para defendernos contra las debilidades de los hombres”, contra los abusos de los gobiernos o contra sus errores.*

Lo mismo pasa con la economía dirigida: siempre, o casi siempre, concluye en economía mal dirigida.

7.— No deseo terminar sin referirme a otro aspecto, de los muchos que quedan por analizar, de la economía dirigida, o mejor dicho, de su filosofía.

La economía liberal, se dice, ha proclamado las excelencias del egoísmo, ha entronizado como sujeto-motor de la vida-económica, al “homo oeconomicus”, ateo, inmoral, sin patriotismo, preocupado únicamente por la obtención de la máxima ganancia con el mínimo esfuerzo, siendo que el hombre real es moral, religioso, altruista, político, patriota, etc. y todas estas calidades son otros tantos móviles que determinan la conducta del hombre en la vida económica. Adviértase que este ataque es ya a la ciencia de la economía, tal como la concebían los clásicos y la conciben sus continuadores. La nueva escuela, en este caso, puede afirmarse honradamente, ha tenido la paciencia de fabricar un fantasma para darse el gusto de exhibirlo en la picota a la curiosidad o la maldición de las gentes.

La obligada limitación de estas anotaciones, solo me permite hacerme cargo del argumento en forma anecdótica: Pablo es un buen ciudadano, de profundas convicciones religiosas, moral, buen padre de familia, caritativo y sale a comprar un hacha. Consulta los precios de varios proveedores y decide finalmente la adquisición a quien se la proporciona a más bajo precio, supuesta idéntica calidad. Cortará con ese instrumento la leña indispensable para las necesidades del hogar; tiene dos árboles a elegir para la ta-

rea: uno es de madera dura, el trabajo de hacharlo será penoso, la leña obtenida no compensará el esfuerzo; el otro arbolito, en cambio, dará tan buena leña como el primero y ofrecerá menos resistencia a los golpes del hacha. Pablo elige el segundo.

Y Pablo en ambos casos, ha obrado como un perfecto "homo oeconomicus", sin mengua de sus convicciones o de su dignidad.

La ciencia económica, para facilitar la formulación de leyes ha supuesto que todos los sujetos de la colectividad obran como Pablo, y así ha podido decir, por ejemplo, que en el mismo mercado, no hay más que un solo precio para las mercaderías de una misma calidad, hipótesis y ley que constituyen aproximaciones innegables a la realidad. La economía liberal, del mismo modo, ha podido proclamar que la justa aplicación del principio del mínimo esfuerzo, proporciona a la colectividad el máximo de riqueza.

Creo que son inoficiosos los comentarios sobre la inocencia del "homo oeconomicus", como lo serían también los tendientes a demostrar que la economía liberal no ha predicado el reinado de los ladrones o los pícaros, sino las ventajas del libre juego del interés personal, en un mundo donde existe un sistema político que impone deberes para con la nacionalidad, un orden jurídico y una magistratura que dan a cada uno lo suyo y castigan los delincuentes y principios morales que guían la conducta.

8.— Finalmente, si hemos dicho que el equilibrio económico no se logra sin sacrificios, hemos de afirmar como conclusión que la crítica de la economía dirigida no comporta la negación del rol necesario del Estado dentro de las naturales limitaciones que impone la conveniencia o sus propias fuerzas. La economía dirigida, cuando comienza a ser tal, penetra en el terreno de las utopías. Bien lo ha expresado Louis Baudin: "La historia de los últimos años prueba sobradamente que es locura alzarse contra los decretos de la naturaleza y querer reconstruir el mundo según las indicaciones proporcionadas por nuestra estrecha razón. El pecado en el cual se complacía el príncipe de las Tinieblas y que fué la causa de su caída, según les Escrituras, es el orgullo" (6).

(6) IBID, pág. 181.